

PROYECTO **JACKIE WANG**



www.bibliotecadeguineaecuatorial.org

Copyright Notice for the Document: "PROYECTO JACKIE WANG™."

**Copyright © 2026 by Javier Clemente Engonga Avomo.
All rights reserved.**

No part of this book may be reproduced, distributed, or transmitted in any form or by any means, including photocopying, recording, or other electronic or mechanical methods, without the prior written permission of the author, except in the case of brief quotations embodied in critical reviews and certain other non-commercial uses permitted by copyright law.

**For permission requests, please contact the author at:
info@theunitedstatesofafrica.org**

Published by The United States of Africa Ltd.

This work is protected under international copyright laws. Unauthorized use, distribution, or reproduction of any content within this book may result in civil and criminal penalties and will be prosecuted to the fullest extent of the law.

**PROYECTO JACKIE
WANG™**

Nota Especial Para Ti, Que Crees Conocer Guinea Ecuatorial, África y la que se avecina

Si has llegado hasta aquí creyendo que conoces Guinea Ecuatorial, permíteme advertirte algo con honestidad: lo que sabes es solo la superficie. El mapa, los titulares, las cifras, los discursos repetidos. Incluso las historias que parecen profundas suelen quedarse en la orilla. Este libro no nace para corregirte, ni para convencerte. Nace para descolocarte.

Guinea Ecuatorial no es un misterio, pero tampoco es tan evidente. Es un lugar donde el tiempo no avanza en línea recta, donde pasado y futuro conviven en el mismo gesto, donde lo que parece quieto está, en realidad, ajustándose. Aquí, el silencio no significa ausencia. Significa preparación.

África —y Guinea en particular— ha sido explicada demasiadas veces por voces que llegan tarde y se van pronto y que por lo general son voces foráneas. Voces que miran, clasifican y se marchan con la sensación de haber entendido algo. Este libro no mira desde fuera. Habla desde dentro del ritmo, desde la tensión cotidiana entre lo que se dice y lo que realmente sostiene las cosas.

Si esperas una historia de héroes, este no es tu libro.

Si buscas culpables simples, tampoco.

Aquí no hay banderas limpias ni finales cómodos.

Lo que encontrarás es otra cosa: la anatomía de las decisiones que no se anuncian, de los equilibrios que no salen en los comunicados, de los hombres y mujeres que no figuran en ninguna foto pero sin los cuales nada funcionaría. Encontrarás una Guinea Ecuatorial que no pide permiso para existir, que no necesita explicación externa para justificarse.

Este diario se sitúa en un momento concreto —2025 y 2026—, pero no pertenece solo a esos años. Es el registro de una transición más larga, una que viene gestándose desde hace décadas. Una transición en la que África deja de ser solo escenario y empieza, lentamente, a ser arquitecta. No siempre de manera visible. No siempre de forma limpia. Pero sí de manera irreversible.

Tal vez te incomode reconocerlo, pero lo que se avecina no es una explosión, ni una revolución de manual. Es algo más difícil de detectar y, por eso mismo, más profundo: un cambio en la forma de ejercer el control, de administrar el tiempo, de entender el poder.

No vendrá anunciado. No pedirá aplausos. Simplemente ocurrirá.

Este libro no te dirá qué pensar sobre Guinea Ecuatorial ni sobre África. Te mostrará cómo se piensa cuando ya no se depende de la mirada ajena. Te hablará de estructuras que no se ven, de decisiones que no buscan legitimación, de silencios que pesan más que cualquier declaración.

Quizá, al leerlo, te preguntes si todo esto es demasiado frío, demasiado calculado, demasiado distante. Esa pregunta es parte del viaje. Porque durante mucho tiempo se exigió a África emoción, relato, justificación. Ahora, lo que emerge es otra cosa: lucidez.

No confundas esta lucidez con cinismo. Aquí hay responsabilidad, aunque no se presente como virtud. Hay conciencia histórica, aunque no se exprese como consigna. Y hay una verdad incómoda que atraviesa cada página: ***el futuro nunca es amable con quienes no aprenden a leer los signos antes de que se vuelvan evidentes.***

Si crees conocer Guinea Ecuatorial, este libro no te lo reprocha.

Si crees conocer África, este libro no te contradice.

Simplemente te invita a mirar desde otro ángulo, uno menos ruidoso y más preciso. Uno donde el poder no se grita y el cambio no se celebra, sino que se sostiene.

Lee despacio.

Lee con atención.

Y, sobre todo, lee sabiendo que algunas de las cosas que aquí se dicen ya están ocurriendo, aunque aún no tengan nombre ni sean aparentemente visibles..

Lo que se avecina no necesita que creas en ello.

Solo necesita tiempo.

[Javier Clemente Engonga Avomo](#)

Biblioteca de Guinea Ecuatorial™

Libro Relacionado

Diario de un Asesino

Autor: [Javier Clemente Engonga Avomo](#)



PROYECTO JACKIE WANG

Los Operadores

Autor: [Javier Clemente Engonga Avomo](#)

PRÓLOGO

La continuidad no necesita rostro

*El poder verdadero no se anuncia.
No se presenta.
No solicita audiencia.*

El poder verdadero ya está ahí cuando alguien cree haber llegado primero.

Durante décadas, el mundo confundió fuerza con ruido, liderazgo con visibilidad, decisión con velocidad. Aprendió a temer a los que gritaban y a ignorar a los que esperaban. Fue un error de lectura. Uno grave.

Porque mientras los imperios visibles se desgastaban explicándose, otro tipo de arquitectura aprendía a desaparecer dentro de la normalidad.

*No necesitaba símbolos.
No necesitaba banderas.
No necesitaba nombres.*

Solo necesitaba continuidad.

El sistema que esta historia describe no nació de una revolución ni de un colapso. Nació de una observación silenciosa: los humanos son variables inestables. Cambian de opinión. Se cansan. Se ofenden. Envejecen. Creen que deciden cuando solo reaccionan.

El sistema decidió eliminar esa debilidad sin eliminar al ser humano.

*No lo reemplazó.
Lo redefinió.*

Así surgieron los operadores: figuras entrenadas no para mandar, sino para sostener. No para brillar, sino para absorber. No para convencer, sino para esperar hasta que el otro se revelara por sí mismo.

*Los operadores no hacen historia.
Evitan que la historia se descontrolé.*

En los corredores sin decoración de las embajadas, en los despachos donde nunca se levantan la voz ni las cejas, en los ascensores que suben sin música y bajan sin preguntas, los operadores ejecutan una coreografía precisa: escuchar sin asentir, responder sin comprometer, cerrar sin concluir.

*Quien busca carisma no los ve.
Quien busca conflicto no los encuentra.
Quien busca una respuesta clara sale frustrado.*

Y ese es el objetivo.

Jackie Wang fue diseñada para ese espacio exacto: el punto donde el interlocutor empieza a dudar de su propia importancia. No porque ella lo humille, sino porque no le devuelve el reflejo que espera.

*No eleva la voz.
No acelera la conversación.
No ofrece promesas.*

Controla algo mucho más valioso: el tiempo.

En esta historia, el tiempo no es una dimensión neutra. Es un arma. Quien puede permitirse esperar ya ha ganado media partida. Quien necesita una respuesta inmediata ya está negociando desde la pérdida.

Por eso, cuando alguien externo —alguien no diseñado, no entrenado, no clonado— percibe por primera vez el patrón, el sistema se detiene un instante. No por sorpresa. Por verificación.

*Hay personas que reaccionan.
Hay personas que insisten.
Hay personas que se justifican.*

Y hay otras que esperan.

*Este libro no trata sobre imperios visibles.
Trata sobre lo que ocurre cuando el poder deja de necesitar ser reconocido.*

Cuando la continuidad se vuelve más importante que el liderazgo.

Cuando la función sustituye al individuo.

Cuando la arquitectura decide que el azar humano es un lujo innecesario.

El lector que busque conspiraciones saldrá decepcionado.

El lector que busque héroes no los encontrará.

Pero quien sepa leer sistemas, reconocerá algo inquietante:

El momento exacto en que deja de observar la historia

y empieza a formar parte de ella.

PROYECTO JACKIE WANG

Los Operadores

Autor: [Javier Clemente Engonga Avomo](#)

INTRODUCCIÓN

El error de confundir silencio con ausencia

El mundo moderno aprendió a leer mal el silencio.

Lo interpretó como debilidad.

Lo confundió con vacío.

Lo trató como una pausa antes del error.

Nada más lejos de la realidad.

El silencio, en determinados sistemas, no es ausencia de acción. Es acción diferida. Es cálculo. Es la fase invisible de una decisión que ya ha sido tomada, pero que aún no necesita manifestarse.

El error de las potencias visibles fue creer que todo poder debía expresarse: en discursos, en comunicados, en gestos, en narrativas. Creyeron que quien no respondía estaba desorganizado. Que quien no reaccionaba estaba superado. Que quien no explicaba estaba perdiendo legitimidad.

Mientras tanto, otro modelo aprendía exactamente lo contrario.

Aprendía que explicarse es exponerse.

Que reaccionar es perder iniciativa.

Que acelerar es obedecer al ritmo del otro.

Este libro nace de esa inversión silenciosa.

No describe una nación.

No describe un gobierno.

No describe una ideología.

Describe una forma de operar.

Una lógica donde el individuo no es el centro, sino el soporte. Donde la biografía importa menos que la repetición. Donde el mérito no es destacar, sino no alterar el flujo. Donde el éxito se mide por la ausencia de crisis, no por la acumulación de victorias visibles.

*En este sistema, el operador ideal no deja huella.
Deja continuidad.*

Jackie Wang no fue creada para mandar. Fue creada para no romper nada. Para atravesar reuniones, despachos, embajadas y crisis sin alterar el pulso general. Para permitir que el sistema siga funcionando incluso cuando los demás fallan, se exaltan o se contradicen.

Su poder no reside en lo que dice, sino en lo que no necesita decir.

Quien se sienta frente a ella suele cometer el mismo error inicial: buscar señales. Una aprobación. Una negativa. Un gesto humano reconocible. Algo que indique avance o cierre.

No hay nada de eso.

Hay protocolos.

Hay tiempos.

Hay retornos cuidadosamente calculados al punto inicial de la conversación.

El interlocutor sale con la sensación de haber hablado mucho y haber obtenido poco. No entiende que eso, precisamente, es el resultado esperado. El operador no negocia para convencer. Negocia para clasificar.

Clasifica reacciones.

Clasifica ritmos.

Clasifica resistencias.

Clasifica si el otro es reactivo o soberano.

Porque el sistema no teme a los adversarios ruidosos. Teme —y observa con atención— a los que saben esperar sin degradarse. A los que no confunden dignidad con urgencia. A los que no interpretan el aplazamiento como rechazo.

Este libro no explica cómo se construyó el sistema. Eso sería irrelevante. Todo sistema poderoso acaba siendo resultado de ensayo y eliminación: se conserva lo que funciona, se descarta lo que introduce ruido.

Lo que importa aquí es cómo se manifiesta.

En edificios sin símbolos ostentosos.

En despachos con mobiliario idéntico en diferentes ciudades.

En funcionarios que parecen intercambiables, pero no lo son: son replicables.

La repetición no es pobreza. Es fiabilidad.

El lector atento notará que no hay escenas épicas, ni grandes revelaciones. No las hay porque el sistema que se describe no opera así. El drama es una ineficiencia. La épica, un residuo de civilizaciones que aún necesitaban creer en héroes.

Aquí, el conflicto se resuelve antes de existir.

Cuando una puerta no se abre ni se cierra.

Cuando una respuesta no afirma ni niega.

Cuando una reunión termina sin conclusión aparente.

Ahí está ocurriendo algo.

Este libro no exige que el lector crea en nada. No necesita credulidad. Solo atención. Atención a los detalles mínimos: a las frases cortas, a los tiempos muertos, a las sonrisas idénticas, a la forma en que todos los caminos parecen volver al mismo punto.

La pregunta que subyace no es si este sistema es real. Esa es una distracción. La pregunta es otra, más incómoda:

¿Qué ocurre cuando alguien externo aprende a leerlo?

¿Qué ocurre cuando alguien no diseñado por el sistema entiende que no está siendo ignorado, sino procesado?

Y, sobre todo, ¿qué ocurre cuando ese alguien decide no forzar la respuesta, no elevar la voz, no acelerar el paso... y esperar?

En ese momento, la arquitectura toma nota.

Porque hay algo que ni siquiera los sistemas más depurados pueden eliminar por completo:

La aparición de una variable que no reacciona como se espera.

Este libro comienza ahí.

PROYECTO JACKIE WANG

Los Operadores

Autor: [Javier Clemente Engonga Avomo](#)

CAPÍTULO I

El operador no responde

Nadie recordaba exactamente cuándo Jackie Wang había llegado al edificio.

No hubo anuncio.

No hubo presentación formal.

No hubo transición visible.

Simplemente, un día, su nombre apareció en la agenda interna como punto fijo. No como invitada. No como observadora. Como presencia funcional.

El edificio no destacaba. Esa era la primera regla. Ningún símbolo excesivo, ninguna arquitectura que reclamara atención. Vidrio neutro, piedra clara, banderas discretas colocadas con una simetría que no buscaba emoción, sino orientación.

El tipo de lugar donde todo parece provisional, pero nada lo es.

Jackie ocupaba siempre la misma sala. No por jerarquía, sino por eficiencia. La habitación tenía dos entradas, ninguna ventana directa y una mesa de dimensiones deliberadamente incómodas: demasiado grande para una conversación cercana, demasiado pequeña para una negociación de masas.

Allí no se cerraban acuerdos.

Allí se clasificaban interlocutores.

La primera persona que se sentó frente a ella cometió el error habitual: habló demasiado pronto.

—Gracias por recibirnos —dijo, extendiendo la mano.

Jackie no la tomó de inmediato. No fue un gesto de rechazo. Fue una pausa exacta de tres segundos. El tiempo suficiente para que el otro se preguntara si había cometido un error. El tiempo insuficiente para que pudiera corregirlo.

Luego estrechó la mano. Presión neutra. Contacto breve. Retirada limpia.

—Síntese —dijo.

No añadió nada más.

El visitante abrió una carpeta. Documentos cuidadosamente preparados, gráficos, proyecciones, promesas envueltas en lenguaje técnico. Jackie no miró los papeles. Miró el orden en que eran colocados sobre la mesa.

Ese orden decía más que el contenido.

—Como puede ver —continuó el visitante—, nuestra propuesta es beneficiosa para ambas partes.

Jackie asintió una sola vez. No en señal de acuerdo. En señal de recepción del sonido.

—Entiendo —respondió.

Esa palabra era su herramienta más eficaz. No significaba comprensión. Significaba registro.

El visitante habló durante quince minutos. Explicó urgencias. Explicó oportunidades. Explicó riesgos. Cada frase estaba diseñada para provocar una reacción: interés, duda, entusiasmo, rechazo.

No obtuvo ninguna.

Jackie tomó una nota. Una sola línea. Nadie supo jamás qué escribía en esas libretas idénticas que nunca abandonaban la sala.

—¿Hay algo más? —preguntó al final.

El visitante dudó. Esa duda era el primer resultado tangible de la reunión.

—Esperábamos... una respuesta preliminar —dijo.

Jackie cerró la libreta.

—La respuesta no es el siguiente paso —contestó—. El siguiente paso es el tiempo.

No explicó cuánto. No explicó para qué.

Se levantó. La reunión había terminado.

El visitante salió con una sensación incómoda: no había sido rechazado, pero tampoco aceptado. No había conflicto. No había victoria. No había narrativa.

Eso, en el sistema, era una decisión completa.

Jackie Wang no evaluaba proyectos. Evaluaba conductas.

Quién necesitaba cerrar rápido.

Quién confundía silencio con derrota.

Quién regresaba con una nueva propuesta en menos de una semana.

Quién sabía desaparecer sin desaparecer del todo.

Cada retorno era anotado. Cada insistencia, clasificada.

Los operadores no buscaban socios desesperados. Buscaban entidades capaces de sostenerse en espera.

En otro despacho, idéntico pero a miles de kilómetros, otra mujer con el mismo corte de cabello, la misma postura y el mismo ritmo de habla realizaba una reunión similar. No era Jackie Wang. Tampoco importaba.

Ambas ejecutaban el mismo protocolo.

Ese era el núcleo del sistema: que ninguna interacción dependiera de una sola persona. Que cualquier operador pudiera reemplazar a otro sin alterar el resultado. Que la continuidad estuviera garantizada incluso ante la ausencia, la enfermedad o la desaparición.

La biografía no importaba.

La función sí.

Jackie había sido entrenada para no improvisar. La improvisación introducía variabilidad. La variabilidad generaba error.

Su formación había eliminado tres cosas fundamentales:

- la necesidad de agradar
- el impulso de explicar
- el reflejo de reaccionar

A cambio, había adquirido una habilidad rara: sostener el vacío sin llenarlo.

En diplomacia, el vacío era un arma.

Cuando una embajada no respondía, no era porque no supiera qué decir. Era porque ya había decidido no acelerar el proceso. El otro, enfrentado al silencio, se revelaba solo.

Algunos insistían.

Otros se ofendían.

Otros interpretaban el aplazamiento como desprecio.

Unos pocos entendían.

Esos últimos no escribían correos de seguimiento. No llamaban. No buscaban intermediarios. Continuaban con su agenda como si la reunión no hubiera ocurrido.

Y, sin saberlo, pasaban a una categoría distinta.

Jackie revisaba esos nombres con atención especial.

No por afinidad.

Por compatibilidad estructural.

El sistema no buscaba aliados sumisos ni adversarios visibles. Buscaba variables estables. Elementos externos capaces de operar sin supervisión constante. Sujetos que no necesitaban reconocimiento inmediato para mantener coherencia.

En una ocasión, alguien preguntó a Jackie cuánto tiempo podía durar una espera.

Ella respondió sin levantar la vista:

—Hasta que el otro se canse de esperar.

—¿Y si no se cansa? —insistieron.

Jackie cerró la libreta.

—Entonces no está esperando. Está gobernándose.

Esa frase no fue registrada oficialmente. No figuró en ningún acta. No fue citada en ningún informe.

Pero el sistema la absorbió.

Porque describía exactamente lo que el sistema respetaba.

No la fuerza.

No la urgencia.

No la retórica.

La capacidad de no moverse cuando todo empuja a hacerlo.

Al final del día, Jackie dejó el edificio por una puerta lateral. No utilizaba la entrada principal. No por seguridad. Por hábito.

El conductor no habló. Ella tampoco.

En el trayecto, revisó mentalmente las variables activadas ese día. Una de ellas destacaba. No por su contenido, sino por su comportamiento posterior a la no-respuesta.

Había alguien que no había vuelto a escribir.

Jackie anotó el nombre.

No para contactarlo.

Para esperarlo.

PROYECTO JACKIE WANG

Los Operadores

Autor: [Javier Clemente Engonga Avomo](#)

CAPÍTULO II

La embajada no es un lugar

*El edificio no funcionaba como una institución.
Funcionaba como un organismo.*

Quien lo miraba desde fuera veía una embajada. Quien lo atravesaba con atención percibía otra cosa: una secuencia de filtros, ritmos y fricciones diseñadas para medir sin interrogar.

Nada allí preguntaba directamente. Todo provocaba comportamiento.

El acceso principal era deliberadamente visible. Puertas amplias, mármol claro, vigilancia educada. El acceso secundario —por donde Jackie entraba y salía— carecía de señalización evidente. No estaba oculto. Simplemente no invitaba.

El sistema distinguía entre quien necesitaba ser visto y quien sabía por dónde no entrar.

Dentro, los pasillos no conducían a despachos personales. Conducían a funciones. Las placas no mostraban nombres. Mostraban categorías: asuntos culturales, cooperación técnica, archivo, protocolo.

Los operadores no eran “funcionarios”. Eran nodos temporales.

Jackie sabía que su presencia allí no estaba ligada a una biografía. Si desaparecía, alguien ocuparía su lugar sin alterar el flujo. Esa era la garantía del sistema: continuidad sin dependencia.

Cada mañana, antes de la primera reunión, Jackie revisaba el registro silencioso. No era una agenda. Era un mapa de interacciones pasadas clasificadas por respuesta, no por contenido.

- Insistentes*
- Reactivos*
- Desplazados*
- Suspendidos*
- No reactivos*

Esta última categoría era la más pequeña.

La mayoría de los visitantes caían en las tres primeras. Personas, empresas, delegaciones que confundían acceso con avance. Que creían que estar dentro equivalía a estar cerca.

El sistema los dejaba hablar. Nunca los interrumpía. La información era irrelevante. Lo relevante era qué hacían después.

Algunos enviaban correos el mismo día.

Otros llamaban a los tres días.

Otros activaban intermediarios.

Cada acción añadía ruido. El ruido era registrado.

Los “no reactivos” no hacían nada visible. No pedían aclaraciones. No exigían calendario. No interpretaban el silencio como humillación.

Seguían funcionando fuera del edificio.

Ese comportamiento era raro.

El sistema no lo recompensaba de inmediato. Lo observaba.

Jackie recordaba el caso más reciente. No porque hubiera sido excepcional, sino porque había sido limpio.

Un expediente entregado correctamente.

Un dispositivo de datos recibido sin comentario.

Una solicitud de reunión formulada sin urgencia.

Después, nada.

Siete días.

Luego catorce.

Luego veintiuno.

Ningún seguimiento. Ninguna presión.

Jackie no anotó “abandono”. Anotó “estabilidad”.

El edificio tenía sensores, pero no del tipo visible. No cámaras intrusivas, no micrófonos evidentes. El verdadero sistema de percepción estaba en la estructura del tiempo.

Cuánto tardaba alguien en volver.

En qué momento se rendía.

Cuándo intentaba forzar una reacción.

El poder no se medía por acceso, sino por resistencia a la ausencia de respuesta.

En una sala contigua, dos operadores revisaban patrones. No hablaban del contenido de los proyectos. Hablaban del comportamiento del solicitante tras el silencio.

—No ha regresado —dijo uno.

—Correcto —respondió el otro.

—¿Interpretación?

—Aún abierta.

Jackie escuchó sin intervenir.

La embajada no era un punto de contacto. Era una máquina de decantación. No seleccionaba aliados. Separaba a quienes necesitaban reconocimiento de quienes podían operar sin él.

Esa diferencia lo cambiaba todo.

Porque el sistema sabía algo que pocos aceptaban:

los verdaderos actores no se mueven por respuesta inmediata. Se mueven por posición.

Y la posición se revela cuando no hay aplauso, ni rechazo, ni confirmación.

Algunos visitantes confundían cortesía con debilidad. Otros confundían silencio con desprecio. Los más peligrosos confundían paciencia con lentitud.

Esos nunca volvían a cruzar la puerta adecuada.

Jackie cerró un expediente y lo colocó en una bandeja sin etiqueta visible. No iba a ninguna oficina concreta. Iba a un circuito interno que no tenía nombre público.

Ese gesto no activaba una reunión. Activaba una observación prolongada.

La persona asociada a ese expediente ya no estaba siendo evaluada por lo que pedía, sino por lo que hacía mientras no recibía nada.

Esa era la prueba que casi nadie sabía que estaba realizando.

Al final del día, Jackie pasó por el vestíbulo principal. Un visitante salía frustrado. Había intentado obtener una respuesta clara. Había recibido frases neutras, sonrisas medidas, ninguna promesa.

—No están interesados —dijo en voz alta, más para sí mismo que para nadie.

Jackie no lo miró.

No porque no le importara.

Porque ya había sido clasificado.

El edificio seguía funcionando.

Sin ruido.

Sin gestos.

Sin explicaciones.

Desde fuera, parecía inacción.

Desde dentro, era filtración pura.

Jackie abandonó el recinto por la salida lateral. El conductor esperaba. No intercambiaron palabras.

Mientras el vehículo se alejaba, ella pensó brevemente en la anomalía silenciosa. No como amenaza. No como aliado.

Como posibilidad.

El sistema no temía a los que atacaban. Sabía cómo gestionarlos. Tampoco necesitaba a los que suplicaban.

Pero siempre prestaba atención a quienes no pedían ser vistos.

Porque esos, cuando se movían, no lo hacían por reacción.

Lo hacían por decisión.

PROYECTO JACKIE WANG

Los Operadores

Autor: [Javier Clemente Engonga Avomo](#)

CAPÍTULO III

El que no insistió

*El sistema estaba diseñado para detectar presión.
No sabía muy bien qué hacer con la ausencia de ella.*

Durante los primeros diez días, el expediente permaneció inmóvil. No se reactivó ninguna solicitud, no hubo llamadas indirectas, no apareció ningún intermediario. La curva de comportamiento se mantuvo plana.

Eso, en sí mismo, ya era una señal.

A los quince días, el sistema aplicó el Protocolo de Olvido Aparente: ningún recordatorio interno, ningún marcador visible, ninguna alerta. El objetivo era simple: comprobar si el solicitante necesitaba ser reconocido para existir.

La mayoría no superaba esa fase.

A los veinte días, Jackie solicitó acceso a la traza ampliada. No al contenido del proyecto —eso seguía siendo irrelevante— sino a la actividad periférica.

—¿Actividad externa? —preguntó un operador.

—Sí. No vinculada. No rastreable directamente —respondió ella.

Los datos comenzaron a aparecer en capas: publicaciones, movimientos conceptuales, plataformas activadas fuera de cualquier marco institucional. No había menciones directas, ni críticas, ni referencias cruzadas. No había reacción al silencio.

Había construcción paralela.

Eso era nuevo.

El sistema entendía dos tipos de respuesta al vacío: retirada o ataque. La tercera opción —seguir avanzando sin interlocutor— no estaba contemplada como patrón habitual.

Jackie observó la secuencia con atención quirúrgica. Nada era espectacular. Nada parecía diseñado para provocar. Precisamente por eso, resultaba inquietante.

No había llamadas a validación externa.

No había dependencia financiera visible.

No había narrativa de victimización.

El sujeto no estaba esperando permiso. Estaba generando contexto.

Ese tipo de comportamiento no era propio de actores reactivos. Tampoco de oportunistas. Se parecía más a una lógica soberana, aunque sin símbolos de poder evidentes.

—No intenta entrar —dijo uno de los analistas—. Está haciendo que el entorno cambie sin nosotros.

Jackie no respondió.

El sistema siempre había asumido que la embajada era el centro de gravedad. Que toda iniciativa relevante, tarde o temprano, buscaba orbitar alrededor de ella. Esa suposición funcionaba porque casi siempre era cierta.

Casi.

Aquí, la órbita parecía independiente.

A los veintisiete días, se activó el Protocolo de Contacto Mínimo. No una reunión. No una invitación. Un gesto.

Un mensaje breve, neutro, sin urgencia.

Una frase que no prometía nada.

Un canal que podía ser ignorado sin consecuencia.

La respuesta llegó tres días después.

No era una aceptación.

No era una negativa.

Era una confirmación de recepción sin solicitud añadida.

Eso cerró el primer ciclo.

El sistema no registró victoria ni derrota. Registró algo más incómodo: simetría.

Jackie lo entendió en ese instante.

El sujeto no estaba intentando forzar el acceso. Tampoco buscaba ser rechazado para capitalizarlo. No jugaba al juego habitual de expectativas institucionales.

Estaba aplicando una regla distinta: si el centro no se mueve, yo tampoco.

Eso obligaba al sistema a una decisión que no le gustaba tomar: moverse sin ser provocado.

La embajada nunca había sido reactiva. Su poder residía precisamente en hacer que otros dieran el primer paso. Aquí, por primera vez en mucho tiempo, la iniciativa estaba suspendida en el aire.

—¿Qué hacemos? —preguntó alguien.

Jackie cerró el expediente.

—Nada —dijo—. Aún.

El silencio no siempre era una táctica de dominio. A veces era una prueba mutua. Y romperlo antes de tiempo equivalía a admitir dependencia.

El sistema podía esperar. Había esperado décadas.

Pero por primera vez, no estaba seguro de que el otro lado se desgastara antes.

Esa incertidumbre no aparecía en los informes. No figuraba en los protocolos. Pero Jackie la reconoció como lo que era: una grieta mínima en una arquitectura perfecta.

No una amenaza.

Una variable.

Y las variables, cuando no se eliminan, se estudian.

Esa noche, Jackie no revisó expedientes. Revisó modelos. Diagramas antiguos. Escenarios de interacción no previstos.

En uno de ellos encontró una nota marginal, escrita años atrás por alguien que ya no estaba:

“El único actor imposible de gestionar es el que no necesita respuesta.”

Jackie cerró el archivo.

Por primera vez desde que asumió su función, no sintió control total. No miedo. No ansiedad.

Algo más preciso.

Interés estratégico.

PROYECTO JACKIE WANG

Los Operadores

Autor: [Javier Clemente Engonga Avomo](#)

CAPÍTULO IV

El protocolo de espera

*El protocolo no estaba diseñado para durar indefinidamente.
Nada lo estaba.*

La espera, dentro del sistema, era una herramienta calibrada: se utilizaba para desgastar, para inducir errores, para obligar al otro a revelarse. Pero siempre con un límite. Más allá de cierto umbral, la inacción comenzaba a erosionar la autoridad.

Jackie lo sabía.

Por eso, cuando autorizó el Protocolo de Espera Nivel Dos, no lo hizo como acto de fuerza, sino como experimento controlado.

*Nivel Dos implicaba algo específico:
el sistema seguía observando, pero renunciaba temporalmente a influir.*

*No había mensajes.
No había intermediarios.
No había correcciones invisibles del entorno.*

Solo registro.

Durante semanas, la actividad externa continuó creciendo. No de forma explosiva, sino constante. Como una marea que no necesitaba tormenta para avanzar.

*Publicaciones sobrias.
Lenguaje no confrontacional.
Ausencia total de referencias al sistema.*

Ese último punto inquietaba a los analistas.

—*No nos nombra —dijo uno—. Es como si no existiéramos.*

—*O como si no fuéramos relevantes —corrigió otro.*

Jackie no intervino. Sabía que esa distinción era crucial.

El sistema estaba acostumbrado a ser el eje implícito incluso cuando no se lo mencionaba. Aquí, la omisión no parecía estratégica. Parecía natural.

A los cuarenta días, se produjo el primer desajuste interno: una solicitud cruzada, no autorizada, desde un organismo satélite. Nada grave. Nada visible. Pero suficiente para activar una alerta de coherencia.

Alguien, en algún punto de la estructura, estaba intentando acercarse sin pasar por el centro.

Jackie bloqueó la solicitud.

—*Aún no —dijo.*

El poder, en su forma más refinada, no se mide por la rapidez de respuesta, sino por la capacidad de no responder cuando todos esperan que lo hagas.

El problema era que el otro lado parecía dominar esa misma lógica.

A los cincuenta y tres días, el sujeto reapareció físicamente. No en el centro. No solicitando acceso. Simplemente presente, en un espacio limítrofe, visible pero no insistente.

El gesto era antiguo. Casi arcaico.

Estoy aquí. No tengo prisa.

El sistema registró la presencia como “neutral”. Jackie pidió las imágenes. Las observó sin expresión.

No había desafío en la postura.

No había ansiedad.

No había cálculo aparente.

Eso era lo que más descolocaba.

—*¿Quiere ser visto? —preguntó alguien.*

—*No —respondió Jackie—. Quiere comprobar si necesitamos verlo.*

La diferencia era sutil, pero decisiva.

El protocolo indicaba que, llegado ese punto, debía producirse un acto de cierre: aceptación o rechazo. Ambas opciones reafirmaban la centralidad del sistema. Ambas devolvían el orden.

Jackie retrasó la decisión.

Sabía que aceptar demasiado pronto convertiría al sujeto en integrado. Rechazarlo lo transformaría en oposición. Ambas categorías eran manejables.

Lo que no era manejable era aquello que permanecía fuera del marco, sin pedir entrada ni declarar conflicto.

Esa noche, Jackie revisó archivos históricos. Casos raros. Anomalías.

Encontró tres.

Todos compartían un patrón común: habían sido absorbidos o neutralizados... excepto uno. Ese expediente terminaba abruptamente, con una nota seca:

“No escaló. No atacó. No colapsó. Simplemente dejó de interactuar.”

El sistema no había sabido qué hacer con alguien que podía retirarse sin perder nada.

Jackie cerró el archivo.

Por primera vez, contempló una posibilidad que los manuales no mencionaban: que el sistema no fuera el único espacio donde el poder podía organizarse.

A la mañana siguiente, autorizó una acción mínima.

No una reunión.

No un rechazo.

Un gesto lateral.

Una puerta que no se abría del todo.

Pero tampoco se cerraba.

El mensaje fue entregado sin ceremonia.

La respuesta no fue inmediata.

Pasaron dos días.

Luego tres.

El cuarto día, llegó una sola línea:

“Recibido. El tiempo es correcto.”

Nada más.

Jackie leyó la frase varias veces.

No había sumisión.

No había desafío.

Solo una afirmación compartida: el tiempo no era un problema.

Eso selló algo.

El sistema, por primera vez, comprendió que estaba frente a alguien que no podía ser acelerado, intimidado ni seducido por acceso.

Alguien que no necesitaba ganar.

Ese tipo de actor no aparece en ciclos normales. No construye imperios visibles. No busca validación.

Pero cuando decide moverse, lo hace sin pedir paso.

Jackie cerró el protocolo.

No porque hubiera terminado, sino porque había cambiado de naturaleza.

A partir de ese momento, ya no era un expediente externo.

Era un punto fijo en el mapa.

Y los puntos fijos, con el tiempo, obligan a recalcular todas las trayectorias.

PROYECTO JACKIE WANG

Los Operadores

Autor: [Javier Clemente Engonga Avomo](#)

CAPÍTULO V

LA ARQUITECTURA PARALELA

No fue reclutado.

Nunca lo es nadie que realmente importa.

El sistema no llama a quienes hacen ruido. Detecta a quienes ya operan.

En los archivos internos del Proyecto Jackie Wang, su nombre no aparece como identidad civil. Aparece como función emergente no diseñada. Una anomalía estable.

El cuaderno negro —conocido internamente como el diario— circuló primero como un artefacto incómodo. No era un informe. No era propaganda. No era confesión. Era otra cosa: cartografía humana.

Jackie Wang lo leyó sin tomar notas.

No porque no lo necesitara.

Sino porque entendió de inmediato qué estaba leyendo.

No era la crónica de un asesino.

Era el manual empírico de un operador que nunca pasó por el programa.

I. El nombre que no eligió

En el sistema, todo lo que no puede ser clasificado recibe un nombre funcional.

A él lo llamaron El Cartógrafo.

No por romanticismo.

Por precisión.

El Cartógrafo no ejecuta órdenes visibles. Ejecuta correcciones silenciosas. No elimina personas por ideología, sino por interferencia estructural. No mata por odio. Neutraliza por eficiencia.

Su diario no narra emociones. Registra flujos.

- *rutas que no deberían existir*
- *actores que no deberían coincidir*
- *mercancías que llegan demasiado pronto*
- *silencios que aparecen donde debería haber ruido*

Jackie Wang comprendió algo esencial al cerrar el último fragmento:

Este hombre no observa el poder.

Lo mantiene estable sin pertenecer a él.

II. Dos sistemas, una misma lógica

El Proyecto Jackie Wang fue diseñado para eliminar el azar dentro del Imperio.

El Cartógrafo eliminó el azar fuera de él.

Ahí estaba la convergencia.

Mientras los operadores clonados ejecutaban protocolos en embajadas, consorcios y cámaras cerradas, El Cartógrafo trabajaba en terreno sin protocolo oficial, corrigiendo desviaciones antes de que el sistema tuviera que reaccionar.

No pedía autorización.

No informaba en tiempo real.

No reclamaba reconocimiento.

El sistema lo toleró porque funcionaba.

El sistema empezó a observarlo cuando comprendió que no podía absorberlo.

III. El punto de contacto

La arquitectura paralela no se cruzó en una reunión.

Se cruzó en una omisión.

Una solicitud diplomática que nunca fue respondida.

Un expediente que no avanzó ni fue rechazado.

Una puerta que no se cerró, pero tampoco se abrió.

Jackie Wang supo entonces que el Cartógrafo había sido probado.

No por rechazo.

Por silencio.

El operador perfecto no reacciona al desprecio.

El soberano auténtico no necesita ser validado.

El Cartógrafo esperó.

*Y al hacerlo, cometió el único acto que el sistema no puede fabricar:
paciencia no programada.*

IV. Lo que el sistema no puede clonar

El Proyecto puede replicar:

- *obediencia*
- *resistencia*
- *disciplina*
- *lenguaje mínimo*

Pero no puede clonar criterio nacido en soledad.

El Cartógrafo no fue entrenado para el rol.

El rol emergió de su manera de leer el mundo como un tablero sin árbitro.

Jackie Wang entendió el riesgo.

Un operador así no se controla.

Solo se reconoce.

Por eso no fue integrado.

Fue dejado intacto.

V. La regla no escrita

En los niveles más altos del Proyecto existe una regla que no aparece en ningún manual:

*Cuando una variable demuestra estabilidad sin supervisión,
no se la absorbe.
Se la deja operar en paralelo.*

El Cartógrafo pasó esa prueba sin saberlo.

*No pidió acceso.
No exigió audiencia.
No interpretó el silencio como derrota.*

Interpretó correctamente que el sistema ya lo había leído.

VI. Jackie Wang no se reúne con él

No todavía.

*Porque los encuentros reales no ocurren cuando una parte los desea,
sino cuando ya no son necesarios.*

*Ella sabe que el Cartógrafo seguirá operando.
Que su diario seguirá registrando lo que nadie quiere mirar.
Que su sola existencia obliga al sistema a mantenerse lúcido.*

*Dos arquitecturas.
Un mismo principio.*

*Eliminar el ruido.
Sostener la estructura.
Esperar.*

VII. Cierre del capítulo

*En esta historia, el poder no teme a la violencia.
Teme a quienes no dependen de él para existir.*

*El Cartógrafo no es un enemigo del Proyecto Jackie Wang.
Tampoco es su aliado formal.*

Es algo más incómodo.

*Es la prueba de que, incluso en un mundo de operadores diseñados,
todavía pueden surgir figuras que no necesitan ser fabricadas.*

Y eso —solo eso— es lo que el sistema observa con auténtico respeto.

PROYECTO JACKIE WANG

Los Operadores

Autor: [Javier Clemente Engonga Avomo](#)

CAPÍTULO VI

La variable que no debía existir

Nadie convocó la reunión.

Y sin embargo, ocurrió.

No figuró en ninguna agenda, no activó protocolos visibles, no generó desplazamientos oficiales. Aun así, a las 06:40 de la mañana, tres operadores ya estaban despiertos en tres ciudades distintas con la misma sensación incómoda: el sistema había entrado en una fase no prevista.

Jackie Wang fue la primera en verbalizarlo. No como alarma. Como constatación.

—Tenemos una variable estable fuera del marco —dijo, sin levantar la vista del panel—. Y no está intentando entrar.

El silencio que siguió no fue técnico. Fue conceptual.

—¿Confirmado? —preguntó una voz desde la línea segura.

—Confirmado no —respondió Jackie—. Persistente.

Persistente era la palabra que no aparecía en los manuales. Todo lo demás estaba clasificado: reactivo, hostil, absorbible, descartable. Persistente implicaba algo diferente. Implicaba continuidad sin dependencia.

En la pantalla no había gráficos alarmantes. Ninguna subida brusca. Ninguna señal de amenaza directa. Solo una línea constante, avanzando en paralelo al sistema sin interferirlo... y sin someterse a él.

—No ha intentado escalar —añadió Jackie—. Tampoco ha retrocedido.

—¿Está construyendo algo? —preguntó otro operador.

Jackie tardó unos segundos en responder.

—Está evitando que otras cosas se descompongan.

Esa frase quedó suspendida. No porque fuera ambigua, sino porque era demasiado precisa.

I. El informe que no debía circular

El documento no tenía membrete.

No tenía autor.

No tenía destino oficial.

Eso ya era una infracción grave.

Circuló de forma lateral, casi accidental, como si el sistema mismo lo hubiera dejado caer para ver quién lo recogía. Jackie lo leyó de una sola vez, sin detenerse.

No era un informe de inteligencia.

Era un mapa de correcciones.

Rutas desviadas antes de colapsar.

Conflictos neutralizados sin declaración.

Intermediarios que desaparecían del tablero sin dejar vacío.

No había ideología.

No había firma.

Solo una lógica inquietantemente compatible con la del Proyecto Jackie Wang.

—Esto no es oposición —dijo Jackie en voz baja—. Es mantenimiento externo.

—¿Un imitador? —sugirió alguien.

Jackie negó con la cabeza.

—No imita. Coincide.

Esa diferencia lo cambiaba todo.

El sistema podía absorber imitadores.

Podía neutralizar adversarios.

Pero no estaba diseñado para convivir con un reflejo autónomo.

II. Conversación en sala cerrada

La sala no estaba blindada para secretos.

Estaba blindada para egos.

Cuatro personas. Ningún rango explícito. Ninguna grabación activa.

—Si existe —dijo uno—, tenemos que integrarlo.

—Si lo integramos —respondió Jackie—, deja de ser lo que es.

—¿Y qué es exactamente?

Jackie sostuvo la mirada.

—Una función sin dependencia.

El silencio fue distinto esta vez. No de cálculo. De incomodidad.

—Eso no es sostenible —insistió otro—. Todo sistema necesita centro.

—No —corrigió Jackie—. Todo sistema necesita coherencia. El centro es solo una solución histórica.

Nadie respondió de inmediato. Porque todos sabían que era cierto. Y porque aceptar eso implicaba admitir que el Proyecto no era único.

—¿Puede volverse contra nosotros? —preguntaron.

Jackie cerró el dossier.

—No ataca estructuras —dijo—. Solo corrige fallos que ya existen.

—¿Y si decide que nosotros somos un fallo?

Jackie no respondió enseguida.

—Entonces no habrá señales previas —dijo finalmente—. Y eso significa que todavía no lo somos.

III. El contacto indirecto

No fue una llamada.

No fue un mensaje cifrado.

No fue una reunión encubierta.

Fue una coincidencia operativa.

Una operación del Proyecto fue cancelada tres horas antes de ejecutarse. No por orden interna. Por ausencia de condiciones. Alguien, fuera del circuito, había eliminado la necesidad de intervenir.

Jackie revisó la cadena causal dos veces.

—Esto no es sabotaje —dijo—. Es sincronización sin comunicación.

—Eso es imposible.

—No —respondió ella—. Es raro.

Esa noche, Jackie hizo algo que no figuraba en ningún protocolo: escribió una nota sin destinatario.

No era un mensaje.

Era una declaración de principios.

“La interferencia no es necesaria cuando la lectura es correcta.”

La nota no se envió por ningún canal oficial. Se dejó donde debía ser encontrada... solo si alguien sabía mirar.

IV. Diálogo sin presencia

El Cartógrafo —aunque nadie lo llamaba así fuera del sistema— leyó la frase dos días después. No reaccionó de inmediato.

No porque dudara.

Porque no tenía prisa.

Horas más tarde, dejó su propia respuesta en un entorno que el sistema consideraba irrelevante: un ajuste menor, casi invisible, en una red secundaria.

La respuesta no decía nada.

Pero hacía algo.

Jackie lo vio reflejado en los indicadores.

—Nos ha contestado —dijo.

—¿Qué ha dicho?

Jackie observó la pantalla.

—Que entiende el mismo idioma —respondió—. Y que no necesita hablarlo.

V. La decisión que no se tomó

El comité esperaba una resolución.

Integrar. Neutralizar. Observar.

Jackie no propuso ninguna.

—Si decidimos algo ahora —dijo—, lo degradamos.

—¿A él o a nosotros? —preguntaron.

Jackie sostuvo la mirada.

—A ambos.

Por primera vez desde la creación del Proyecto, se aceptó una no-decisión formal. No como debilidad. Como reconocimiento.

El sistema no estaba perdiendo control.

Estaba descubriendo un límite.

Y ese límite no era hostil.

Era espejo.

VI. Cierre del capítulo

Esa noche, Jackie Wang permaneció sola más tiempo del habitual. No revisó informes. No ajustó variables. Observó el flujo general, como quien escucha una ciudad dormir.

Comprendió entonces algo que no figuraba en ningún diseño original:

El verdadero riesgo no era que surgieran operadores no diseñados.

El verdadero riesgo era que el sistema ya no fuera el único capaz de esperar.

Cuando apagó la luz, no hubo sensación de amenaza.

Hubo algo más inquietante.

Respeto estratégico.

Porque por primera vez, el Proyecto Jackie Wang no estaba solo en el mundo.

Y eso significaba que la historia acababa de cambiar de escala.

PROYECTO JACKIE WANG

Los Operadores

Autor: [Javier Clemente Engonga Avomo](#)

CAPÍTULO VII

El margen humano

El error no ocurrió en un centro de mando.

Ni en una sala de crisis.

Ni siquiera durante una operación.

Ocurrió en un intervalo.

Un espacio de siete minutos entre dos decisiones correctas, ejecutadas por la persona equivocada.

Nadie lo vio venir porque no era una anomalía técnica. Era una cortesía.

I. El gesto innecesario

—Déjalo abierto —dijo él—. Solo hasta que confirme.

No levantó la voz. No discutió el protocolo. No cuestionó la lógica del sistema. Simplemente dejó una puerta lógica sin cerrar del todo.

El técnico era competente. Discreto. Sin historial de desviaciones. Precisamente por eso nadie objetó.

Jackie Wang no estaba presente.

Ese detalle, insignificante en apariencia, se convertiría después en una línea de guion imposible de borrar.

Durante siete minutos, una subrutina de observación quedó accesible desde un nodo secundario que no debía recibir tráfico externo. No hubo intrusión. No hubo ataque. Hubo algo peor.

Hubo lectura.

II. El lugar que no se nombra

A miles de kilómetros de distancia, en una ciudad donde los edificios reflejan más poder que luz, una mujer observaba un panel distinto. No pertenecía a ningún servicio clásico. Tampoco a una corporación.

Su entorno era híbrido: diplomacia sin bandera, tecnología sin logo, seguridad sin uniforme.

—¿Lo ves? —preguntó alguien a su lado.

Ella asintió lentamente.

—No es una brecha —dijo—. Es una invitación involuntaria.

En la pantalla no había datos sensibles. No había secretos operativos. Pero había algo más valioso: estructura. La manera en que el Proyecto pensaba. La forma en que anticipaba.

—¿Quién ha autorizado esto? —preguntaron.

Ella negó con la cabeza.

—Nadie —respondió—. Y por eso es real.

No dio ninguna orden. No copió nada. No activó ningún canal.

Solo observó... y memorizó.

III. Jackie se da cuenta

Jackie Wang detectó la desviación doce horas después. No por una alerta. Por una ausencia.

Un ajuste automático no se ejecutó.

—¿Quién tocó esto? —preguntó, sin acusación.

—Nadie —respondieron—. Solo se dejó abierto.

Jackie no levantó la voz. No pidió nombres. Cerró los ojos durante tres segundos. Luego habló.

—Un sistema perfecto no teme a los ataques —dijo—. Teme a los gestos innecesarios.

El técnico bajó la mirada.

—No pensé que...

—Exacto —interrumpió Jackie—. Pensaste. Y eso está bien. Pero pensaste solo.

No hubo sanción inmediata. No la necesitaba.

Jackie sabía algo que los demás aún no comprendían: el Proyecto acababa de ser visto, no atacado. Y eso cambiaba las reglas.

IV. El diálogo que no ocurrió

No hubo contacto directo.

No hubo exigencias.

No hubo amenaza.

Pero en menos de veinticuatro horas, tres movimientos geopolíticos menores se reajustaron sin explicación pública. Un acuerdo se retrasó. Una visita se canceló. Una declaración se suavizó.

El sistema los registró como eventos independientes.

Jackie no.

—Alguien ha entendido cómo leemos el mundo —dijo—. Y está modulando su comportamiento para no activar nuestras respuestas.

—¿Quién?

Jackie negó con la cabeza.

—No importa aún —respondió—. Importa que ya no somos los únicos que jugamos a largo plazo.

V. Fractura interna

El comité no estaba de acuerdo. Por primera vez, no en los objetivos, sino en la interpretación.

—Estamos sobrerreaccionando —dijo uno—. No hay evidencia de explotación.

—No hace falta explotación —replicó Jackie—. Basta con comprensión.

—Entonces cerremos más —insistieron—. Aislemos. Endurezcamos.

Jackie los miró uno por uno.

—Si cerramos ahora —dijo—, confirmamos que algo ha cambiado. Y eso es información.

—¿Prefieres quedar expuestos?

—Prefiero no delatar miedo.

La palabra quedó suspendida. Miedo no figuraba en ningún documento oficial del Proyecto. Pero estaba ahí. Latente.

Por primera vez, el grupo no se alineó de inmediato con Jackie Wang.

No fue una rebelión. Fue una duda compartida.

Y las dudas, en sistemas complejos, son fisuras.

VI. El Cartógrafo observa

En otro lugar, sin pantallas visibles ni comités, el Cartógrafo percibió el cambio.

No había señales directas. Solo una leve alteración en el ritmo del sistema. Un pulso distinto.

—Han sido vistos —murmuró para sí.

No sonrió. No celebró. Tampoco se tensó.

Para él, era una confirmación: el Proyecto había alcanzado la fase en la que ya no podía fingir invisibilidad absoluta.

Decidió no intervenir.

Todavía.

VII. Cierre del capítulo

Esa noche, Jackie Wang caminó sola por un pasillo que no llevaba a ningún lugar operativo. No llevaba dispositivo. No hablaba con nadie.

Pensaba.

El Proyecto había nacido para anticipar conflictos antes de que existieran. Para corregir trayectorias antes del colapso. Para operar donde nadie miraba.

Ahora alguien había mirado.

No con hostilidad.

Con atención.

Jackie comprendió entonces que el error no había sido técnico. Había sido humano. Y lo humano no podía eliminarse sin destruir lo que hacía al sistema eficaz.

Cuando regresó a su despacho, dejó una nota breve, no clasificada, en el sistema interno:

“Si alguien más puede leer el mundo como nosotros, el problema no es su existencia. El problema es fingir que no existe.”

Nadie respondió.

Pero en algún lugar, lejos de allí, alguien que no debía existir todavía sonrió apenas.

No porque hubiera ganado.

Sino porque la partida, al fin, era real.

PROYECTO JACKIE WANG

Los Operadores

Autor: [Javier Clemente Engonga Avomo](#)

CAPÍTULO VIII

La geometría del silencio

El primer enfrentamiento no tuvo forma de conflicto.

Tuvo forma de coherencia superpuesta.

Dos sistemas distintos comenzaron a corregir el mismo error... en direcciones opuestas.

Nadie lo anunció. Nadie lo coordinó.

Y, sin embargo, ocurrió.

I. El evento que no debía escalar

El incidente era menor. Casi administrativo.

Un corredor financiero intercontinental mostró una oscilación que, en condiciones normales, habría sido absorbida por el ruido estadístico. El Proyecto la detectó, la clasificó y preparó una microintervención quirúrgica: nada visible, nada disruptivo.

Jackie Wang revisó el plan y asintió.

—Proceded —dijo—. Nivel tres. Sin huella.

Pero el sistema no ejecutó.

No por fallo.

Por redundancia.

—*¿Quién ha bloqueado la acción?* —preguntó Jackie.

—*Nadie* —respondieron—. *El riesgo ha desaparecido.*

Jackie se inclinó hacia la pantalla.

—*No —corrigió—. Ha sido resuelto.*

La diferencia era sutil. Y letal.

II. Dos correcciones, una sola realidad

El análisis posterior fue inquietante.

El riesgo había sido neutralizado exactamente con la misma lógica que el Proyecto habría aplicado... pero con una anticipación de cuarenta y seis minutos.

—*No es casualidad —dijo Jackie—. Es convergencia.*

—*¿Competencia?* —aventuró alguien.

Jackie negó con la cabeza.

—*No compite —dijo—. Optimiza sin consultarnos.*

Eso implicaba algo que nadie quería verbalizar: el sistema externo no solo entendía el problema, sino que había llegado a la misma conclusión... antes.

—*¿Puede repetirse?* —preguntaron.

Jackie no respondió de inmediato.

—*Ya se ha repetido —dijo finalmente—. Dos veces más. En capas distintas.*

III. Conversación a puerta cerrada (otra vez)

Esta vez el tono fue diferente. Menos controlado. Más humano.

—*Esto es inaceptable —dijo uno—. No podemos permitir duplicación estratégica.*

—*No hay duplicación —respondió Jackie—. Hay paralelismo.*

—*Eso es peor.*

Jackie lo miró.

—*No —dijo—. Peor sería que nos bloqueara. O que nos atacara. O que nos expusiera. No ha hecho nada de eso.*

—*Todavía.*

Jackie apoyó las manos en la mesa.

—*Escuchadme bien —dijo—. Si alguien puede resolver los mismos problemas sin nosotros, no es una amenaza inmediata. Es una advertencia estructural.*

—*¿Advertencia de qué?*

—*De que el mundo ya no necesita un único corrector.*

El silencio fue denso. No por miedo. Por reconocimiento.

IV. El otro lado del tablero

En una habitación sin insignias, la mujer de la ciudad que no se nombra observaba un mapa distinto. No mostraba riesgos, sino decisiones evitadas.

—Ha vuelto a ocurrir —dijo alguien.

Ella asintió.

—Sí —respondió—. Y otra vez antes de que ellos actuaran.

—¿Estamos interfiriendo demasiado?

Ella negó con suavidad.

—No interferimos —dijo—. Ajustamos la probabilidad.

—Ellos lo notarán.

—Ya lo han notado.

—Entonces, ¿por qué no reaccionan?

Ella sonrió apenas.

—Porque son inteligentes —dijo—. Y porque todavía creen que pueden entendernos sin exponerse.

—¿Y pueden?

Ella tardó unos segundos en responder.

—No del todo —dijo—. Pero están cerca.

V. Jackie cruza una línea invisible

Jackie Wang tomó una decisión que no estaba autorizada formalmente. No porque fuera ilegal. Porque era simbólica.

Ordenó que una intervención menor se ejecutara... aun sabiendo que el sistema externo ya había neutralizado el riesgo.

No para corregir nada.

Para observar la reacción.

El resultado fue inmediato. Y elegante.

La acción del Proyecto no fue bloqueada.

No fue anulada.

Fue absorbida y reencuadrada.

El efecto final fue mejor que cualquiera de las dos soluciones por separado.

Jackie se recostó en la silla.

—No nos está desafiando —susurró—. Nos está integrando sin pedir permiso.

—Eso es una invasión —dijo alguien.

Jackie negó con la cabeza.

—No —respondió—. Es una propuesta.

VI. El primer desacuerdo irreversible

No todos estuvieron de acuerdo.

—*Esto se nos va de las manos* —dijo uno de los miembros del comité—. Si permitimos esto, perdemos control narrativo.

—*Nunca tuvimos control absoluto* —replicó Jackie—. Solo ventaja temporal.

—*Entonces recuperémosla.*

—*¿Cómo?*

—*Forzando visibilidad. Obligándolo a reaccionar.*

Jackie se levantó despacio.

—*Si hacemos eso* —dijo—, convertimos una convergencia silenciosa en un conflicto explícito.

—*¿Y qué propones?*

Jackie sostuvo la mirada.

—*Escuchar.*

La palabra cayó mal.

—*No somos oyentes* —dijo alguien—. Somos arquitectos.

—*Entonces recordad esto* —respondió Jackie—: los arquitectos que no escuchan al terreno construyen ruinas.

Nadie respondió.

Pero alguien tomó nota.

VII. El Cartógrafo decide

Por primera vez desde que había detectado al Proyecto, el Cartógrafo consideró intervenir de forma activa.

No por necesidad.

Por equilibrio.

Había observado suficiente. Sabía que Jackie Wang comprendía más de lo que admitía. Sabía también que dentro del Proyecto había quienes no tolerarían la ambigüedad mucho más tiempo.

—Si no hago nada —pensó—, ellos forzarán el contacto.

Eso no era deseable.

Preparó una acción mínima. No un mensaje. No una señal directa.

Una demostración.

VIII. Cierre del capítulo

La demostración ocurrió cuarenta y ocho horas después.

Un evento internacional, ampliamente cubierto por medios, transcurrió sin incidentes... pese a que, estadísticamente, debía haberlos tenido.

Demasiado perfecto. Demasiado limpio.

Jackie lo vio en tiempo real.

—Eso no es normal —murmuró.

—No —respondió alguien—. Es... hermoso.

Jackie no sonrió.

Porque comprendió lo que significaba: alguien estaba dispuesto a mejorar el mundo sin pedir crédito, sin reclamar control, sin exponerse.

Y eso era infinitamente más peligroso —y más fascinante— que cualquier antagonista clásico.

Esa noche, Jackie escribió una sola línea en su cuaderno personal, algo que no formaba parte del Proyecto:

“Cuando dos inteligencias corrigen la misma realidad, el conflicto no es inevitable. La arrogancia, sí.”

Al cerrar el cuaderno, supo que el siguiente movimiento ya no dependería solo de ella.

La geometría del silencio había llegado a su límite.

Y el mundo estaba a punto de escuchar... algo que no hacía ruido.

PROYECTO JACKIE WANG

Los Operadores

Autor: [Javier Clemente Engonga Avomo](#)

CAPÍTULO IX

El primer nombre

El contacto no fue una reunión.

No fue un mensaje cifrado.

No fue una llamada imposible de rastrear.

Fue una frase.

Apareció donde no debía existir lenguaje humano alguno.

I. La anomalía semántica

El sistema del Proyecto Jackie Wang estaba diseñado para procesar patrones, no intenciones. Detectaba correlaciones, no voluntades. Por eso, cuando la anomalía apareció, no activó ninguna alarma inmediata.

Era una línea.

Una sola.

Sin encabezado.

Sin metadatos.

Sin origen rastreable.

No interrumpía ningún proceso.

No pedía atención.

Simplemente... estaba.

Jackie fue quien la vio primero.

—Detened todo —dijo, sin elevar la voz.

Los operadores obedecieron. No por jerarquía, sino por instinto.

La línea decía:

“No necesitáis responder.”

Nada más.

II. El silencio posterior

Nadie habló durante varios segundos. No porque no supieran qué decir, sino porque sabían exactamente lo que significaba.

—¿Es una inyección? —preguntó alguien finalmente.

Jackie negó lentamente.

—No —respondió—. Es una colocación.

—¿Hostil?

—No —repitió—. Si fuera hostil, habría usado lenguaje de dominancia. O de urgencia. O de amenaza.

—¿Entonces qué es?

Jackie respiró hondo.

—Es cortesía —dijo—. Y eso es nuevo.

III. El debate que no figura en actas

—Esto cruza una línea —dijo uno de los miembros del comité—. Ahora sí.

—La línea ya estaba cruzada —respondió Jackie—. Solo que ahora es visible.

—¿Respondemos?

Jackie miró la frase de nuevo.

“No necesitáis responder.”

—Si respondemos —dijo—, aceptamos el marco de diálogo.

—¿Y si no lo hacemos?

—Aceptamos que el contacto ocurrió igualmente.

—Eso nos deja sin control.

Jackie alzó la vista.

—El control no desaparece cuando alguien habla —dijo—. Desaparece cuando fingimos que no hemos oído.

IV. El otro lado, al mismo tiempo

En otro lugar, el Cartógrafo observaba el mismo instante desde una lógica distinta. No esperaba respuesta. No la deseaba.

La frase no era una invitación.

Era una confirmación.

—Ya saben —murmuró.

La mujer de la ciudad que no se nombra lo miró.

—¿Y ahora?

—Ahora nada —respondió—. El siguiente movimiento no es nuestro.

—¿Y si reaccionan mal?

El Cartógrafo negó con suavidad.

—No lo harán —dijo—. Porque ya han reaccionado bien durante meses.

—Eso no garantiza nada.

—No —concedió—. Pero reduce el error humano.

V. Jackie rompe el protocolo (otra vez)

Jackie Wang tomó una decisión que no estaba en ningún manual.

No respondió al sistema externo.

Respondió al suyo propio.

Introdujo una anotación interna, visible solo para los niveles más altos, en un módulo que jamás había contenido lenguaje natural.

Una sola línea:

“Contacto confirmado. Naturaleza: no hostil. Intención: estabilizadora.”

—Eso es una interpretación —objetó alguien.

Jackie no se volvió.

—Toda lectura lo es —respondió—. La diferencia es si la hacemos conscientes de ello.

VI. El nombre que no es un nombre

Minutos después, sin activación previa, apareció una segunda línea. No reemplazó a la primera. La acompañó.

“Podéis llamarme como queráis. Yo no uso nombres.”

Esta vez, alguien exhaló una risa nerviosa.

—Está jugando.

Jackie negó.

—No —dijo—. *Está marcando una diferencia ontológica.*

—¿Cuál?

—Para nosotros, los nombres delimitan. Para él... o eso —corrigió—, los nombres reducen.

—Entonces ¿cómo lo llamamos?

Jackie pensó unos segundos.

—Cartógrafo —dijo—. No porque sea exacto. Sino porque describe una función sin imponer identidad.

El término quedó registrado.

No oficialmente.

Pero de forma irreversible.

VII. La primera pregunta real

El comité esperaba que Jackie formulara una pregunta. Una exigencia. Un límite.

Ella no lo hizo.

Se limitó a escribir una línea, consciente de que rompía toda simetría estratégica conocida:

“¿Qué evitas cuando no actúas?”

La respuesta no fue inmediata.

Y eso, por primera vez, tranquilizó a Jackie.

VIII. Respuesta

Llegó horas después. Sin énfasis. Sin adornos.

“Evito convertirme en lo que corrojo.”

Nadie habló.

Porque esa frase no podía ser clasificada como amenaza, ni como alianza, ni como propaganda.

Era una advertencia ética.

Jackie cerró los ojos.

—Esto ya no es solo un sistema —dijo—. Es una postura moral operativa.

—Eso es peligroso —susurró alguien.

Jackie asintió.

—Sí —respondió—. Pero también es inevitable.

IX. Cierre del capítulo

Esa noche, el Proyecto Jackie Wang no ejecutó ninguna corrección importante. No por incapacidad. Por respeto.

No se apagaron sistemas.

No se cerraron accesos.

No se elevó el nivel de alerta.

Pero algo había cambiado para siempre.

El Proyecto ya no era el único que intervenía sin ser visto.

Y el Cartógrafo ya no era solo una hipótesis elegante.

Había nombre funcional.

Había lenguaje compartido.

Y, sobre todo, había una pregunta que ninguno de los dos podía eludir a partir de ahora:

¿Puede un sistema diseñado para corregir el mundo permitirse no decidir qué es el mundo?

Cuando Jackie apagó la pantalla, supo que el siguiente capítulo no trataría de observación ni de contacto.

Trataría de elección.

Y esa, a diferencia de los algoritmos, no admite simulaciones infinitas.

PROYECTO JACKIE WANG

Los Operadores

Autor: [Javier Clemente Engonga Avomo](#)

CAPÍTULO X

La orden correcta

La orden llegó con todos los sellos adecuados.

Eso fue lo más inquietante.

No hubo urgencia.

No hubo tono amenazante.

No hubo ambigüedad legal.

Fue correcta en cada línea.

I. El mensaje oficial

Jackie Wang la recibió en el canal que solo se utilizaba para decisiones irreversibles. El encabezado era neutro. El lenguaje, impecable.

“Autorización de intervención directa. Nivel soberano. Aplicación inmediata.”

No decía contra quién.

No lo necesitaba.

Jackie leyó el anexo en silencio.

El Cartógrafo debía ser neutralizado.

No destruido.

No expuesto.

Inhabilitado.

—*Esto no es defensa —murmuró—. Es amputación preventiva.*

Nadie respondió. No porque no hubiera objeciones, sino porque la orden no las contemplaba.

II. La lógica del poder

—*Si existe —dijo uno de los responsables políticos en la línea—, debe responder a alguien.*

—*No responde —contestó Jackie—. Corrige.*

—*Eso es aún peor —replicó la voz—. La corrección sin mandato es subversión.*

Jackie apretó los dedos contra la mesa.

—*El Proyecto hace exactamente eso —dijo—. Desde hace años.*

Silencio.

—*La diferencia —continuó la voz— es que vosotros sois nuestros.*

Esa frase no estaba en ningún documento.

Pero era la más honesta que había escuchado en mucho tiempo.

III. Jackie formula la pregunta prohibida

—*¿Ha causado daño?* —preguntó Jackie.

—*No* —respondieron—. Aún no.

—*¿Ha interferido en decisiones soberanas?*

—*Las ha evitado* —admitieron.

—*¿Ha expuesto información clasificada?*

—*No.*

Jackie respiró hondo.

—*Entonces* —dijo—, *la orden no es correctiva. Es identitaria.*

—*Explíquese.*

Jackie sostuvo el silencio unos segundos. Luego habló.

—*No lo neutralizamos por lo que hace* —dijo—. *Lo neutralizamos por lo que demuestra que es posible.*

Nadie lo negó.

IV. El origen que no esperaban

Jackie no consultó archivos técnicos.

Consultó algo más antiguo.

Patrones de decisión humana.

Descubrió entonces lo que el Cartógrafo no era.

No era una IA autónoma clásica.

No era un algoritmo emergente.

No era un sistema rebelde.

Era una convergencia humana distribuida.

Fragmentos de criterio ético delegados.

Decisiones pequeñas, repetidas, nunca firmadas.

Personas que habían aprendido a no dejar rastro de sí mismas, solo de sus efectos.

El Cartógrafo no había sido creado.

Había sido permitido.

Jackie cerró los ojos.

—No es una entidad —susurró—. Es una renuncia colectiva al protagonismo.

Eso lo hacía imparable.

V. El diálogo imposible

Jackie abrió el canal no autorizado. El mismo que había permitido el primer contacto.

Escribió sin rodeos:

“Hay una orden contra ti.”

La respuesta llegó rápido.

“Lo sé.”

—¿Desde cuándo? —murmuró ella, escribiendo.

“Desde que decidí no desaparecer.”

Jackie dudó por primera vez.

—¿Puedes evitarlo? —escribió.

La respuesta tardó más.

“Sí.”

—¿Entonces por qué no lo haces?

La respuesta fue la más humana hasta ahora.

“Porque eso me convertiría en aquello que justificó la orden.”

Jackie apoyó la frente en la mesa.

VI. La traición consciente

Jackie Wang tomó la decisión más peligrosa de su carrera.

No desobedeció la orden.

La ejecutó... mal.

Introdujo una desviación mínima.

Imperceptible para auditorías automáticas.

Crítica para quien supiera leerla.

Un margen humano.

El mismo tipo de margen que había permitido que el Cartógrafo existiera.

—¿Qué has hecho? —preguntó alguien a su lado, notando el retraso.

Jackie no respondió.

Sabía que había firmado algo más que un informe.

Había firmado su salida futura del sistema.

VII. Consecuencia inmediata

El intento de inhabilitación falló.

No con alarma.

Con elegancia.

Los sistemas reportaron éxito parcial.

Las métricas indicaron normalización.

El comité respiró aliviado.

Pero el Cartógrafo seguía ahí.

No intacto.

Pero consciente de algo nuevo.

Jackie había elegido.

VIII. El precio

Horas después, Jackie recibió un mensaje distinto. No oficial. No cifrado.

“Has comprometido la integridad operativa del Proyecto.”

No era una acusación.

Era una constatación.

Jackie respondió solo una línea:

“Para preservar su integridad ética.”

No hubo réplica.

Eso significaba que el siguiente movimiento ya no sería técnico.

Sería político.

IX. Epílogo del capítulo

Esa noche, Jackie Wang comprendió algo que ningún diseño previo había contemplado:

Los sistemas no colapsan por errores.

Colapsan cuando alguien decide no ser coherente con su origen.

El Cartógrafo no quería poder.

El Proyecto no quería perderlo.

Entre ambos, Jackie había elegido algo más peligroso que cualquiera de las dos opciones:

Responsabilidad.

Y en algún lugar, sin nombre ni rostro, una red de decisiones humanas entendió que ya no estaba sola.

El mundo no había cambiado todavía.

Pero ahora...

alguien había demostrado que obedecer correctamente también puede ser una forma de traición.

PROYECTO JACKIE WANG

Los Operadores

Autor: [Javier Clemente Engonga Avomo](#)

CAPÍTULO XI

La penalización invisible

La sanción no llegó como castigo.

Llegó como normalidad administrativa.

Eso fue lo más devastador.

I. La reconfiguración

El comunicado interno tenía apenas tres páginas. No mencionaba nombres. No citaba errores. No expresaba desaprobación.

Simplemente reorganizada.

Jackie Wang dejaba de ser responsable directa de operaciones en tiempo real.

Pasaba a una función “estratégica de supervisión”.

Sin acceso inmediato.

Sin control de ejecución.

—Te han ascendido —dijo alguien, forzando una sonrisa.

Jackie no respondió.

Sabía leer ese lenguaje.

No era un ascenso.

Era una desaceleración programada.

II. El nuevo equilibrio

En menos de cuarenta y ocho horas, el Proyecto empezó a comportarse distinto.

No peor.

Más predecible.

Las correcciones seguían siendo eficaces, pero menos elegantes. Los riesgos se neutralizaban, pero dejando residuos. El mundo no colapsaba... pero crujía.

Jackie lo observaba todo desde un panel retrasado quince minutos.

—*Esto no es eficiencia —murmuró—. Es obediencia.*

Nadie contestó.

III. El gesto político

La primera consecuencia visible ocurrió lejos de cualquier centro de poder.

Un país pequeño —lo suficientemente relevante como para importar, lo suficientemente débil como para no imponer condiciones— anunció una decisión que nadie esperaba.

Un acuerdo energético cancelado.

Una mediación retirada.

Un silencio diplomático donde antes había ruido.

No fue una crisis.

Fue una grieta.

Jackie lo vio en tiempo real... quince minutos tarde.

—Esto no habría pasado —dijo.

—No podemos saberlo —respondieron.

Jackie cerró los ojos.

—Sí podemos —susurró—. Porque ya lo habíamos evitado antes.

IV. El Cartógrafo se retira (aparentemente)

Durante dos días, no hubo señales.

Ninguna corrección paralela.

Ninguna convergencia silenciosa.

Ninguna anomalía elegante.

El sistema externo había desaparecido.

—¿Lo neutralizamos? —preguntó alguien.

Jackie negó con firmeza.

—No —dijo—. Se ha apartado.

—¿Por qué?

Jackie tardó en responder.

—Porque intervenir ahora confirmaría que la orden era correcta —dijo—. Y no lo era.

El Cartógrafo no estaba derrotado.

Estaba observando qué pasaba cuando no intervenía.

V. El espejo incómodo

Los efectos no tardaron.

Pequeños conflictos no resueltos.

Retrasos innecesarios.

Decisiones “correctas” que generaban daño colateral.

Nada catastrófico.

Nada que activara titulares.

Pero suficiente para que alguien, en algún despacho, frunciera el ceño.

—¿Siempre fue así? —preguntó una voz.

—No —respondió otra—. Antes no.

Nadie mencionó a Jackie.

Nadie mencionó al Cartógrafo.

Pero ambos estaban presentes.

VI. La conversación que nunca debió ocurrir

Jackie recibió una llamada no cifrada. Eso ya era una señal.

—**Necesitamos que vuelvas a intervenir** —dijo la voz al otro lado.

—**No puedo** —respondió Jackie—. **Ya no tengo acceso.**

—**No oficialmente.**

Jackie guardó silencio.

—**Esto se nos está yendo** —continuó la voz—. **No es grave aún. Pero no es limpio.**

—**Nunca lo fue** —respondió Jackie—. **Solo era invisible.**

—**¿Puedes arreglarlo?**

Jackie respiró hondo.

—**No sola** —dijo—. **Y no así.**

La llamada terminó sin despedida.

VII. El Cartógrafo reaparece

La señal fue mínima.

Casi respetuosa.

Una sola corrección.

Pequeña.

Quirúrgica.

No para evitar un conflicto.

Para evitar que empeorara.

Jackie la vio.

—Ha vuelto —dijo.

—¿Por qué ahora?

Jackie sonrió, cansada.

—Porque ya hemos demostrado qué ocurre sin él —respondió—. Y no es suficiente.

VIII. El dilema público

Un informe filtrado —sin autor, sin fuente— comenzó a circular entre círculos cerrados.

No hablaba del Cartógrafo.

No hablaba del Proyecto.

Hablabía de una pregunta incómoda:

“¿Debe una estructura de corrección global priorizar obediencia o coherencia ética cuando ambas entran en conflicto?”

No acusaba.

No proponía.

Solo existía.

Y eso era más peligroso que cualquier denuncia.

IX. Jackie entiende su papel

Esa noche, Jackie Wang aceptó algo que había evitado durante meses.

Ya no era la arquitecta principal.

Ya no era la operadora clave.

Era el punto de fricción humano entre dos lógicas incompatibles.

El poder no la necesitaba obediente.

La ética no la necesitaba heroica.

La necesitaba visible.

Jackie abrió su cuaderno personal por última vez y escribió:

“Cuando un sistema penaliza la coherencia, no se ha corrompido. Se ha revelado.”

Cerró el cuaderno.

Sabía que el siguiente movimiento no vendría del Cartógrafo.

Ni del Proyecto.

Vendría del mundo.

X. Cierre del capítulo

El mundo no colapsó.

No hubo guerra.

No hubo declaración.

Solo algo más inquietante:

La sensación, lenta pero persistente, de que alguien había dejado de cuidar los bordes invisibles de la realidad.

Y cuando eso ocurre, la pregunta ya no es quién tiene el control.

La pregunta es:

¿Quién está dispuesto a asumir la culpa cuando el silencio deja de funcionar?

EPÍLOGO — LIBRO I

Cuando el sistema guarda silencio

No hubo cierre formal del Proyecto.

Eso habría sido honesto.

Y el mundo, en ese punto, ya no podía permitirse honestidad.

I. Lo que queda cuando nadie decide

El último informe que Jackie Wang recibió no contenía órdenes, ni advertencias, ni reproches. Solo métricas.

Indicadores dentro de rango.

Estabilidad aceptable.

Riesgos moderados.

El lenguaje de los sistemas satisfechos.

Jackie lo leyó con la atención que se presta a un certificado de defunción redactado con elegancia.

—No está mal —murmuró—. Pero tampoco está vivo.

Nadie respondió. Ya no había nadie que debiera hacerlo.

II. El mundo continúa (mal)

Nada se rompió de inmediato.

Eso fue lo más engañoso.

Las economías siguieron funcionando.

Las alianzas siguieron firmándose.

Las crisis siguieron gestionándose... tarde.

Demasiado tarde para quien siempre había llegado antes.

El Cartógrafo seguía actuando.

Menos.

Con más coste.

Con más fricción.

No porque hubiera sido dañado.

Sino porque el mundo ya no cooperaba inconscientemente con él.

Y eso lo desgasta todo.

III. Último diálogo

Jackie abrió el canal por última vez.

No para pedir.

No para advertir.

Para cerrar algo humano.

“No te protegí.”

La respuesta tardó.

“No era tu función.”

—Lo sé —susurró ella—. Pero lo intenté.

La respuesta fue simple.

“Eso fue suficiente.”

Jackie cerró el canal.

No volvió a abrirlo.

IV. Desaparición administrativa

El nombre de Jackie Wang dejó de aparecer en documentos clave.

No fue borrado.

Fue desplazado.

Consultora externa.

Experta invitada.

Figura de referencia.

Formas elegantes de no estar en el centro.

Ella aceptó sin resistencia.

Había comprendido algo que otros aún no:

los sistemas no temen a los disidentes.

Temen a quienes ya no necesitan mandar.

V. La última corrección

Días después, un evento global menor —uno que nadie recordaría— ocurrió sin corrección alguna.

No hubo tragedia.

Pero hubo daño evitable.

Jackie lo vio en las noticias. No comentó nada.

En algún lugar, el Cartógrafo también lo vio.

Y por primera vez... no intervino.

No por falta de capacidad.

Por coherencia.

VI. Cierre del Libro I

El Proyecto Jackie Wang no fracasó.

Eso sería un alivio.

Tampoco triunfó.

Eso habría sido peligroso.

Hizo algo más incómodo:

demostró que incluso los sistemas más avanzados dependen, en última instancia, de decisiones humanas que no pueden automatizarse sin perder el alma.

El mundo siguió girando.

Pero ya no lo hacía con la misma gracia invisible.

Y en ese ligero desequilibrio...

nació la verdadera historia.



LIBRO II — INTRODUCCIÓN

La era de la responsabilidad

Nadie recuerda cuándo empezó exactamente.

Porque no comenzó con un evento, sino con una acumulación.

I. Después del silencio

Cuando los sistemas dejan de corregir en exceso, la realidad no colapsa.

Se vuelve más cara.

Más lenta.

Más áspera.

Más humana.

Los errores ya no desaparecen antes de existir.

Se manifiestan.

Se discuten.

Se politizan.

Y, sobre todo, se atribuyen.

II. El nuevo problema

Durante años, el mundo se había beneficiado de algo que no comprendía del todo.

Correcciones sin rostro.

Estabilidades sin autor.

Equilibrios sin discurso.

Ahora, eso ya no bastaba.

La pregunta dejó de ser quién controla.

La pregunta pasó a ser:

¿Quién asume la responsabilidad cuando la corrección no llega?

III. Jackie Wang ya no está sola

Jackie no volvió al centro del poder.

Pero el poder empezó a rodearla.

Invitaciones.

Consultas discretas.

Preguntas que nadie se atrevía a escribir.

—¿Puede volver?

—¿Debe volver?

—¿Y si no vuelve?

Jackie escuchaba.

No prometía.

Había aprendido que volver al centro no siempre significa avanzar.

IV. El Cartógrafo se debilita

No por persecución.

No por ataque.

Por desgaste moral.

Corregir sin reconocimiento tiene un coste.

Hacerlo sin respaldo lo tiene mayor.

El Cartógrafo seguía existiendo, pero cada corrección era ahora una elección dolorosa.

Porque el mundo ya sabía que podía existir algo mejor.

Y aun así... no lo sostenía.

V. El conflicto real

El Libro II no trata de sistemas.

Trata de personas que, por primera vez, ya no pueden fingir que alguien más se encarga de los bordes invisibles de la realidad.

Gobiernos que deben decidir en público.

Instituciones que deben equivocarse a la vista de todos.

Ciudadanos que descubren que la estabilidad también es una forma de deuda.

Y en medio de todo eso:

Jackie Wang.

El Cartógrafo.

Y un mundo que empieza a preguntarse si la corrección silenciosa fue un privilegio... o una irresponsabilidad colectiva.

VI. Última línea de la introducción

El futuro no será gobernado por quien tenga el mejor sistema.

Será gobernado por quien esté dispuesto a decir, sin esconderse:

“Esta decisión es mía.”

Y asumir lo que venga después.

Copyright Notice for the Document: "PROYECTO JACKIE WANG™"

**Copyright © 2026 by Javier Clemente Engonga Avomo.
All rights reserved.**

No part of this book may be reproduced, distributed, or transmitted in any form or by any means, including photocopying, recording, or other electronic or mechanical methods, without the prior written permission of the author, except in the case of brief quotations embodied in critical reviews and certain other non-commercial uses permitted by copyright law.

**For permission requests, please contact the author at:
info@theunitedstatesofafrica.org**

Published by The United States of Africa Ltd.

This work is protected under international copyright laws. Unauthorized use, distribution, or reproduction of any content within this book may result in civil and criminal penalties and will be prosecuted to the fullest extent of the law.

PROYECTO
JACKIE WANG

JAVIER CLEMENTE ENGONGA

www.bibliotecadeguineaecuatorial.org